

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE BOLIVAR ESCRITOR



ALBERTO MIRAMON

La importancia de Simón Bolívar como escritor corre pareja con la de guerrero. Rufino Blanco Fombona dice que realizó la independencia de América no solo con la espada, sino también con su pluma de escritor nervioso y ágil, porque sus escritos fueron armas intelectuales, esgrimidas en su ciclópea campaña de liberación continental que no solo tuvieron el mérito explosivo del momento en que fueron usadas, sino que ofrecen al crítico ancho campo de estudio, como legado precioso del genio.

La acción de su pensamiento era correlativa a la acción de su brazo, y al don de pensamiento, unía la seducción de la palabra escrita. La obra escrita del Libertador -apunta sagazmente Cecilia H. de Mendoza- es el reflejo de sus sueños, el reflejo de su yo y por su condición de subjetividad, su estilo es victorioso.

Además, es suyo propio, no imitación de original alguno, como no fueron imitaciones las luchas que encabezó; y diferente por esto de los escritos trabajados a la luz de la lámpara, dominan en él como rasgos característicos, la viveza de la imagen con que reviste el pensamiento y la fuerza o la gracia con que lo enuncia.

Jamás, empero, se tuvo Bolívar por un escritor: "yo no sé escribir" expone francamente desde Lima, en 1825, al

general Urdaneta. Y al general Santander, al propio tiempo que le dice "tengo mi elocuencia aparte y no quiero sujetarme a políticos, ni a reyes, ni a presidentes" -lo que denota la seguridad del intelectual en su propio estilo- le ordena: "no mande usted publicar mis cartas, ni vivo ni muerto, porque ellas están escritas con mucha libertad y con mucho desorden". -con lo que prueba su prudencia de político-.

Lo cierto es que poseía en grado eminente la cualidad primordial del hombre de pluma: la pasión que colorea la frase. En medio del fuego de la pasión -dice don José Joaquín Ortiz- encuentra siempre la imagen poética para expresar las ideas más comunes, y esta es la dote característica de su estilo.

Según don José María Samper, era Bolívar hombre de lenguaje rápido e incisivo, así en su conversación siempre animada, breve y cortante, a la vez aguda, como en sus discursos y proclamas. Y en estas piezas, lo mismo que en todos sus escritos, se muestra, además, grandilocuente, deslumbrador, original y encumbrado siempre.

Su imaginación -según otro crítico-, era vivificante: de las cosas más mediocres sacaba él, para deslumbrar a sus pueblos, relámpagos de ilusión.

Su estilo, medular y cortado, ha da-

do asidero para que ciertos críticos ape-
gados a la letra de la gramática, le
tilden de no ser escritor correcto. Sus
arengas y proclamas, bien que eran
militares por su objeto inmediato,
fueron muy notables por su particu-
lar forma, a la que en todo caso na-
die puede negarles fuerza subyugado-
ra. Si su construcción gramatical no
es siempre pura, su frase en cambio,
es emocionada y sugerente hasta el
linde de cierta originalidad plástica
que abona su temperamento de escri-
tor. Dionisiaco en sus proclamas a los
soldados de la Libertad, sabía ser
apolíneo en sus escritos de Estado se-
gún la aguda observación de Marius
André.

En sus proclamas, como en la ma-
yoría de sus escritos, se aúnan siempre
la confianza del gran soldado en la
victoria; cierto sentimiento íntimo de
su propia gloria pero inseparable de
la gloria nacional; el recuento de gran-
des lecturas; vivo deseo de halagar
a los pueblos o a los corresponsales
para infundirles confianza y estimu-
larlos al esfuerzo; una especie de vi-
sión profética de lo porvenir, y una
concepción muy vasta. . . . Pero es pre-
ciso haberlo visto -dice don José Joa-
quín Ortiz- es preciso haberlo oído,
para saber lo que valía su palabra.
"El eco de su voz era alto, estridente,
desgarrador, como acostumbrado
a arengar el ejército, prolongando el
sonido de las erres y las eses". Y pa-
ra convencernos de la fuerza de su
elocuencia le basta recordar que
era un crimen digno del cadalso po-
seer durante la reconquista española
alguna de las proclamas de Bolívar,
y da a conocer el recurso a que ape-
laban los patriotas para conocerlas:
"había personas, por lo regular jóve-
nes doncellas, en quienes podían re-
caer menos sospechas, que las apren-
dían de memoria y las iban repitien-
do de casa en casa en el más retira-
do aposento y a puerta cerrada; es-

pecie de rapsodas de la Libertad, en-
cantadoras por su belleza, por su ju-
ventud y por su amor patrio, que
remedaban a los que iban recitando
por las ciudades de Grecia los cantos
del poeta inmortal. . . .".

Gran poeta como era, siquiera ja-
más fuese versificador -observa el
señor Samper- y original en todo, co-
mo tenía que serlo en este mundo
americano, nuevo en lo social como en
lo físico, no buscó nunca en sus dis-
cursos, proclamas y epístolas, imitar
la clásica sencillez de Julio César, ni
la sobriedad del flamático Washing-
ton, ni la petulancia heroica de Napo-
león el Grande. Fue escritor persona-
lísimo, de fibra tan original como el
propio teatro en que se desenvolvió.

Rebelde por naturaleza, pocos se
han dado cuenta de la revolución que
inició e impuso en castellano, porque
no hizo profesión de las letras y es-
ta aptitud literaria suya se apagaba
o desvanecía ante el deslumbramien-
to de su epopeya.

La relevante personalidad del Liber-
tador -indica don Urbano González
de la Calle- se acusa con rasgos ca-
racterísticos y de extremada plastici-
dad en el léxico, en los giros, en la
frase, en la sintaxis y en la estilís-
tica de la expresión literaria.

Bolívar introduce en la literatura
americana el cambio del antiguo reto-
ricismo, incompatible con la fiebre de
la pasión libertadora. Se ha dicho que
fue el primero de los románticos de
América, un romántico de la vida de
la acción, porque obedeció siempre,
en primer término, a su temperamen-
to.

Para comprender esta filiación lite-
raria, basta recordar que por la ima-
ginación desbordada fue un poeta,
por sus lecturas un influenciado del
sentimentalismo rousouniano y, por la
fuerza creadora de su pensamiento,
una individualidad genial. Que perte-
nece a la gran familia de espíritus

provenientes de Juan Jacobo, y era un contemporáneo de Chateaubriand. Prueba evidente de su fuerte, brillante y personalísimo romanticismo, es el que Lord Byron, acarició por dos veces, en 1819 y en 1822, la idea de luchar bajo sus órdenes: solo el hechizo poético de Grecia fue capaz de arrebatarse este pensamiento al más alto astro de la escuela romántica.

Páginas para una antología de esta resonante escuela literaria, se podrían agrupar fácilmente con sus cartas y escritos, en general. Qué otra cosa son sino muestras del más genuino romanticismo sus epístolas sentimentales a Teresa, su enigmática confidente de París en 1804, "mujer imprudente, a la que no obstante no puedo negar nada, porque ha llorado conmigo en los días de duelo". Y la carta a su maestro don Simón Rodríguez, su iniciador en las lecturas de Rousseau y de Chateaubriand, cuya "Atala" tradujo a los comienzos del siglo? "Usted maestro mío formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. Yo he seguido el sendero que usted me señaló. Usted fue mi piloto aunque sentado en una de las playas de Europa..."

Puede darse mayor muestra de romanticismo que aquella epístola devolviendo a la madre viuda el último retoño, para que no se extinga la raza de valientes patriotas que fecundó su seno? Y su encendida, anhelante solicitud al Congreso pidiendo la confirmación de la abolición total de la esclavitud "¿Cómo pediría mi vida y la vida de la República?"

No tienen un hondo sabor romántico muchos de sus escritos? Recordad, lector, su rousouniana definición de patria: "primero el suelo nativo que nada; él ha formado con sus elementos nuestro ser; nuestra vida no es otra cosa que la herencia de nuestro pobre país; allí se encuentran los

testigos de nuestro nacimiento, los creadores de nuestra existencia y los que nos han dado alma por la educación; los sepulcros de nuestros padres yacen allí y nos reclaman seguridad y reposo; todo nos recuerda un deber, todo nos excita a sentimientos tiernos y memorias deliciosas; allí fue el teatro de nuestra inocencia, de nuestros primeros amores, de nuestras primeras sensaciones y de cuanto nos ha formado".

No hay en el "Delirio del Chimborazo" acentos reminiscentes de las "Memorias de Ultratumba", a más de la exaltación dionisiaca del triunfo de su fuerza, que le señala Blanco Fombona?

Qué más claramente romántico que este desfogue de su alma atormentada: "los españoles se acabarán bien pronto; pero nosotros cuándo? Semejantes a la corza herida llevamos en nuestro seno la flecha, y ella nos dará la muerte sin remedio, porque nuestra propia sangre es nuestra ponzoña".

Y su proclama llamando, desde el borde del sepulcro, a la unión de los colombianos y perdonando a sus enemigos no es acaso una de las más gloriosas e inmortales páginas con que se puede enorgullecer la escuela romántica en América?

Romántico, pues, lo era por esencia y, como dice Mancini, nunca dejó de serlo porque estaba impregnado de aquella **superabundancia de vida** que solo un instante pidió Chateaubriand a las libres y fértiles soledades del Nuevo Mundo. Nadie sintió en más alto grado las tormentas, el orgullo, la vanagloria y las quimeras del romanticismo, y ninguno hizo mayor abuso de las prosopopeyas y de las grandilocuencias. Pero hay siempre belleza -aclara el citado autor- fuerza y grandeza en su estilo, como lo había en su conducta, y sus insaciables ambiciones llevan todas el sello de la generosidad.

La necesidad de completar en el plano intelectual su obra libertadora, impuso a Bolívar la argumentación de tipo parlamentario, más que otros géneros preferentemente cultivados por los escritores románticos. Cuando escribía o hablaba nunca prescindía de su convicción. Bien que razonaba y mostraba sencillamente su saber histórico -indica un crítico- era más perentorio que persuasivo, más conciso que seductor, por lo que de ordinario escribía cartas lacónicas, aunque de pocos o ningunos pormenores siempre sustanciosos. Con penetrante espíritu autocrático, dijo de sí mismo: "dicen que soy difuso, mejor dirían que no soy correcto, pues realmente no lo soy por precipitado, descuidado e impaciente: no sé como puede ser difuso un hombre impaciente y precipitado. Yo multiplico las ideas en muy pocas palabras aunque sin orden ni concierto".

En realidad, poseía las dotes primordiales del escritor de primer orden. Jamás le faltaron oportunos recursos para expresar grandes pensamientos con elocuencia que sabía aliar la propiedad de la dicción a la severidad de las ideas con la nobleza de la forma. "En todos sus discursos y proclamas, manifiestos y escritos públicos, así como en su correspondencia privada, se hallaba frecuentes y oportunas alusiones históricas, ya a los clásicos de la antigüedad, ya a los más grandes hombres de estado, que ponen de manifiesto su inclinación admirativa de la Historia".

Como los grandes escritores de raza -dice Alejandro Carias- podía tratar con la mayor destreza, originalidad e interés las cuestiones de índole más diversa, y siempre tiene tiempo, apunta José Nucete-Sardi, para la cita histórica y la frase elocuente.

Como escritor público, tiene comienzo con los "Manifiestos de Cartagena", en 1812 y concluye con la Proclama de San Pedro Alejandrino en

1830. Pero pasa por facetas tan diversas como la de vidente iluminado en la Carta de Jamaica; original pensador político en el Discurso de instalación del Congreso de Angostura; hombre de estado de rango continental con sus "Notas" de convocatoria del Congreso Anfictiónico de Panamá; jurisperito en el "Mensaje" al Congreso de Bolivia y, literato de alto vuelo lírico y filosófico en "Mi Delirio del Chimborazo"....

Para pelear las lides de la inteligencia, lo mismo que las grandes batallas de la revolución, los espíritus directores necesitan frases, frases que cautiven y seduzcan, frases que hagan prosélitos. Y para Bolívar, como para todos los grandes caudillos ilustrados, la palabra fue, ante todo, un grito de guerra y una bandera.

La revolución de independencia americana encarnaba un pensamiento necesario: a ella dio Bolívar las alas de sus facultades creadoras; pero sobre todo la admirable sobriedad de su estilo compuesto, según don Miguel Antonio Caro, de donaire, propiedad y buen gusto; con su pensamiento que sabía revestir de nobleza digna de los héroes griegos, hasta el extremo de que solo en la antigüedad se encuentran héroes que hayan dicho profundas verdades con estilo tan insigne.

Escritor épico y libertario, realizó el milagro de cambiar la ideología fosilizada de siglos en la conciencia de varios millones de seres humanos. Pero su pluma tuvo un mérito más y bien difícil. Se ha dicho con frase certera que nada muere más rápidamente que el estilo que no se apoya sobre la solidez de una obra pensada. La inmortalidad del de Bolívar se asegura y garantiza porque sus palabras corresponden siempre a la sublimidad de las ideas: el rebuscar de la gloria le magnificará continuamente con su resplandor inestinguible.